

La noche que nos separa

La noche que nos separa



David Mullor Ponce

Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: junio 2026

Depósito legal: SE 2387-2026

ISBN: 979-13-7060-342-7

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: David Mullor Ponce
© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo
www.editorialcirculorojo.com
info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.
Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.

A mi compañera, por enseñarme
la revolución de las pequeñas cosas.

A mi familia, por ser la raíz
que nutre lo que soy.

La vieja estación

Aquella noche, la vieja estación de São Bento le pareció insólitamente vacía. Sara la recordaba mucho más abarrotada y bulliciosa. Un hervidero de almas que emergían de todas partes, como si el mundo entero desembocara allí.

Permaneció unos minutos observando, casi sin respirar, los preciosos azulejos de tonos marinos que revestían la estación; sus escenas narraban las batallas más épicas por la independencia de Portugal. A sus ojos, aquellos murales eran los más hermosos que jamás hubiera visto. No sabría decir cuánto tiempo estuvo absorta contemplándolos cuando, de pronto, una luz intensa la deslumbró, como la de un tren acercándose a toda velocidad.

Parpadeó varias veces con rapidez, y giró la cabeza hacia aquella luz cegadora. Se quedó inmóvil, sin saber qué decir ni hacer, enmudecida ante la escena que se abría frente a ella.

Aquel anciano era apenas un poco más alto que ella. Su rostro y sus manos arrugadas parecían dibujar una vida larga, como si cada surco escondiera una historia. Llevaba unos vaqueros sin bolsillos, modestos, sin artificios, y un chubasquero rojo que a todas luces le venía grande, como si lo envolviera más el tiempo que la tela. Su piel era pálida, casi translúcida; sus ojos, pequeños y claros, parecían refugiarse en sus cuencas como caracoles en su concha. Una gorra cubría su cabeza, dejando entrever en los laterales un cabello corto del color de la ceniza. En su mano izquierda sujetaba un paraguas negro de madera y metal desgastados por los años. Pero lo que más desconcertó a Sara fue lo que llevaba en su mano derecha.

Una vieja cámara de fotos.

La reconoció al instante. Sara había estudiado fotografía al terminar el instituto y recordaba perfectamente haber hecho prácticas de revelado con una cámara igual que aquella.

Era una *Kodak Brownie 127.*

—Espero no haberla asustado… —dijo el viejo, mostrando una sonrisa tenue.

—¿Qué hace? ¿Quién es usted? —preguntó Sara, desconcertada.

—Lo siento, joven. Tan solo quería retratarla —respondió el anciano con tono sereno.

—¿Retratarme? —dijo Sara, visiblemente confusa—. ¿Y eso por qué?

—Porque algunas cosas merecen ser recordadas.

Igual que estos azulejos.

—¿Cómo dice?

—Sí, señorita. Su belleza es profundamente valiosa. Como también lo son los azulejos que cubren estas paredes. Pero, a diferencia de ellos, usted no permanecerá aquí para siempre. Su cuerpo, su alma y su destino avanzan… como los trenes que parten diariamente desde esta estación.

—Mire, señor… lo siento, pero no tengo tiempo. Me tengo que ir. Mi tren sale en pocos minutos.

—De acuerdo, señorita. No le robaré más tiempo… pues el tiempo es oro.

Sara hizo ademán de darse la vuelta.

—Solo una cosa más —añadió el viejo, con un leve temblor en la voz.

—¿Qué quiere? —preguntó Sara, que empezaba a impacientarse.

—Mi vieja cámara… —suspiró él.

—¿Qué? —respondió sorprendida.

—¿La quiere?

El anciano la cogió con ambas manos y la acercó a Sara con un sencillo gesto.

—¿Cómo dice?

—Sí… mi cámara. ¿Qué si le gustaría llevarla consigo en su viaje? Allá donde vaya. A mí ya no me queda mucho tiempo… pero esta cámara podría tener otra vida por delante. Me gustaría que fuera la suya.

—Se lo agradezco… pero ya tengo una cámara.

—No importa. Tenga las dos. Use esta solo cuando necesite inmortalizar algo que no quiera olvidar.

—¿Qué? Le repito que para eso ya tengo mi cámara…

—No me refiero a fotografiar monumentos, paisajes o personas posando. Me refiero a que la utilice solo cuando quiera fotografiar algo que no sepa que va a ser fotografiado. Algo que por sí solo tenga un mensaje. Que sin palabras exprese una verdad. Una fotografía que hable por sí misma.

En ese mismo instante, la megafonía de la estación irrumpió con un último aviso para los pasajeros del tren con destino a Lisboa.

***

Las puertas automáticas del último vagón se cerraron justo a las espaldas de Sara. Había estado a punto de perder el tren. Una rápida mirada desde el acceso le bastó para notar que el vagón estaba abarrotado. Aun confundida, sacudida por el extraño encuentro que había estado a punto de dejarla en tierra, divisó el único asiento libre.

No se había acomodado todavía cuando el tren inició su marcha. Los asientos, de un rojo intenso, estaban dispuestos en pares, dos a cada lado del vagón, separados por un pasillo central. El interior parecía sostenido por una estructura de huesos amarillentos que recorrían el vagón tanto en vertical como en horizontal, como el esqueleto visible de un animal urbano, al modo de los antiguos transportes metropolitanos.

Tuvo que sentarse en el asiento del pasillo, aunque hubiera preferido el de ventanilla. Tenía esa costumbre desde pequeña: le encantaba observar el paisaje en movimiento.

A su lado, ocupando el asiento de ventanilla, había un hombre de mediana edad. Tenía el cabello cano, largo y cuidadosamente peinado hacia atrás. Un bigote espeso, perfectamente perfilado, adornaba su rostro. Iba vestido con una elegancia casi teatral: traje negro, chaleco con un estampado de fantasía extravagante, camisa de un impecable color blanco, y una corbata de tonos primaverales, tan rebuscada como encantadora. A sus pies, atrapado entre sus piernas como si no quisiera que escapara, reposaba un maletín de piel marrón, como aquellos que llevaban los hombres de negocios en las películas clásicas de Hollywood.

Aquel personaje, que parecía salido de otra época, bien podría haber sido un dandi de finales del siglo XIX. A Sara le resultó tan insólita su presencia que no pudo evitar imaginar, divertida, que en cualquier momento sacaría de su maletín un sombrero de copa… como si estuviera a punto de realizar un truco de magia.

—Propicias noches, señorita —saludó elegantemente el hombre, con una leve inclinación de cabeza.

—Hola… —suspiró, aún algo desorientada por el encuentro anterior.

—Hermosa cámara fotográfica…

—No es mía —respondió sin demasiado entusiasmo.

—Pero está en su poder…

—Un viejo ahí fuera se empeñó en que me la llevara. Estaba un poco chiflado, pero por no entretenerme más terminé aceptándola. He estado a punto de perder el tren por su culpa.

—Entonces, sí que es suya ahora…

—Sí, supongo que ahora sí… aunque no le veo la utilidad. Ya tengo una cámara digital de alta resolución, pantalla táctil, memoria interna de gran capacidad, zoom óptico… ¿Para qué quiero este viejo trasto?

El hombre sonrió con suavidad, como si aquella reacción fuese justo la que esperaba. Luego, con voz serena y mirada profunda, comenzó a hablar:

—¿Sabe, señorita? Hubo una vez un pintor. Vivió por y para el arte. Incluso en su vejez, cuando la ceguera comenzaba a arrebatarle los contornos del mundo, nunca dejó de pintar. Pero sus últimas obras, aquellas que creó cuando ya apenas podía ver, fueron duramente despreciadas. Lo acusaban de haber perdido el pulso, la visión, la gracia. Nadie fue capaz de ver que, en realidad, había alcanzado una forma más pura de expresión: pintaba lo que sentía, no lo que veía. Pintaba desde la memoria del alma. Aquel hombre, decepcionado, dejó de pintar. Murió en silencio. Sin aplausos. Sin eco.

Muchos años después, un experto en arte, casi por azar, encontró aquellas pinturas olvidadas.

Al contemplarlas, comprendió que tenía ante sí algo distinto, algo que escapaba a los cánones y a la lógica. Organizó una exposición, y las galerías más importantes del mundo pelearon por tener una sola de aquellas piezas. El viejo pintor fue reconocido entonces como el fundador de una nueva escuela, y sus obras siguen hablando al corazón de quienes las miran, generación tras generación.

El silencio se instaló entre ambos. Sara, sin saber qué decir, se limitó a mirar fijamente al hombre. Había algo en su voz, en su manera de narrar, que le había hecho perder la noción del tiempo.

Entonces aquel extraño hombre, una especie de dandi de otro tiempo, se levantó, se alisó la chaqueta elegantemente, y mientras tomaba su maletín de entre las piernas, añadió:

—Perdóneme, señorita, pero debo bajarme aquí. Puede sentarse en mi asiento si lo desea.

Sara, sorprendida por la propuesta, pensó que aquel hombre le había leído el pensamiento.

Avanzó unos pasos hacia la puerta del vagón, pero antes de desaparecer, se volvió hacia ella una última vez. Sus ojos brillaban con una especie de fulgor cálido y enigmático.

—Si le ha gustado la historia… —dijo con una voz más grave, como si estuviera pronunciando un secreto—, le recomiendo que algún día visite el Parque de María Luisa, en Sevilla.

—¿Un parque? —preguntó Sara, desconcertada.

El hombre asintió, con un leve movimiento de cabeza.

—Allí… —continuó él, entornando los ojos como si recordara algo antiguo y precioso—… descansa un tesoro oculto. No es de oro ni de piedras preciosas, sino de otra materia. Un tesoro que solo encuentra quien no lo busca. Y créame, señorita… cuando llegue el momento, sabrá exactamente hacia dónde mirar.

Y sin más, el hombre desapareció tras la puerta automática que se cerró con un leve susurro metálico.

No dijo nada. Ni siquiera intentó preguntarle nada. Se cambió de asiento y se quedó allí, mirando el reflejo de su propio rostro en la ventanilla, mientras el tren se alejaba de la estación de Aveiro.

Sara continuó el viaje en silencio, con la extraña sensación de haber despertado de un sueño. No fue hasta que el tren se aproximaba a su destino cuando algo se encendió en su interior: una extraña lucidez, una súbita conciencia del tiempo perdido.

Aquel hombre no habría hablado con ella más de cinco minutos… y, sin embargo, Aveiro quedaba a más de media hora de distancia desde Oporto. Para ella, ese intervalo simplemente no había existido. Era como si el mundo se hubiese suspendido durante ese tramo del trayecto.

En el instante en que el tren llegó a su destino, Sara seguía absorta en sus pensamientos. La historia del pintor casi ciego resonaba aún en su interior, como un eco lejano. Recordaba al anciano de la estación, aquella fotografía tomada por sorpresa… y la cámara, ahora dormida entre sus manos, como si aguardara algo.

Nada más bajar del tren, un pensamiento la asaltó con la delicadeza de una intuición. Fue un destello fugaz, pero preciso.

Tenía que ir a ese parque.

Había algo en la mirada de aquel extraño personaje —una mezcla de ternura y misterio— que le hacía creer, sin lugar a duda, que fuera lo que fuera lo que aguardaba allí, debía encontrarlo.

Los nenúfares

Sara salió temprano del albergue juvenil donde se hospedaba. Era la primera vez que visitaba Sevilla y quería aprovechar el tiempo al máximo. Además, en pleno mes de junio, sabía que debía madrugar si no quería terminar achicharrada por el sol.

Subió hasta lo alto de la Giralda para admirar la ciudad desde las alturas; se perdió después en las salas del Museo de Bellas Artes, contemplando cuadros que parecían susurrar secretos del pasado. Caminó sin prisa por las calles empedradas y estrechas del centro, aprovechando las escasas sombras que ofrecían los tejados y dejando que la suave brisa de aquella mañana la envolviera. Cerca de mediodía, el centro de Sevilla comenzaba a llenarse de murmullos y turistas.

Le encantaba caminar sola, dejando que sus pensamientos fluyeran sin interrupciones. Había algo liberador en el anonimato del bullicio. No rendir cuentas a nadie. Observar sin ser observada.

Cuando su estómago comenzó a rugir como un felino enjaulado, pensó en buscar un lugar tranquilo donde sentarse a comer. Callejeó un poco más, para alejarse de las zonas más turísticas y concurridas.

Fue entonces cuando la vio.

Era una mujer de mediana edad, más o menos de su estatura. Su piel, de un precioso color madera, reflejaba una piel curtida por el sol. Vestía un vestido largo y vaporoso, de estampados florales algo ajados, y un chal verde aceituna con bordados dorados. Llevaba un pañuelo en la cabeza, anudado a un lado como lo

hacían las abuelas. Sin embargo, hubo algo que llamó inmediatamente su atención.

Un enorme collar de perlas brillantes.

Verdaderas o falsas, no importaba; colgaban sobre su pecho con una dignidad que desentonaba con el resto de su aspecto.

—¿Romero, guapa? —preguntó la mujer, alargando un pequeño manojo de la planta envuelto en papel de periódico—. Da suerte.

Sara dudó. No solía aceptar este tipo de ofrecimientos, pero algo en la mirada de aquella mujer, profunda y tranquila, le hizo detenerse.

—No estoy segura de necesitarla —respondió, con una media sonrisa.

—Nadie lo está. Pero la suerte no se pide. La suerte se ofrece —dijo la mujer con tono enigmático—. A veces llega de la forma más inesperada. Como un extraño regalo en una vieja estación o una pintoresca historia durante un encuentro fugaz.

Sara parpadeó, sorprendida.

—¿Cómo sabe eso?

La mujer no respondió. Le intentó poner el romero en la mano con suavidad, pero Sara sutilmente retiró su mano.

—No, gracias. Se lo agradezco, pero tengo prisa —mintió.

—Oye, niña. ¿Sabes lo que hacen las flores cuando se acerca una tormenta? —preguntó de pronto—. Se cierran. Protegen su interior. Esperan en silencio. Pero cuando el sol vuelve a brillar, vuelven a abrirse.

—¿Está hablando de… mí?

—Estoy hablando de lo que ves cuando miras. De lo que está por venir. Pero tú decides si quieres mirar con los ojos o con el alma.

No supo qué decir. Entonces la mujer le guiñó un ojo, le dio un golpecito suave en el dorso de la mano —como si activara algo—, y se marchó calle abajo, dejando tras de sí un intenso olor a romero.

Sara se quedó inmóvil, confundida por aquellas palabras que no entendía. Esa sensación de desconcierto, como si algo importante acabara de suceder sin que ella lo comprendiera del todo.

Después de su encuentro con aquella misteriosa mujer, ya no pensaba en la comida. Aun así, necesitaba parar. Decidió sentarse a tomar algo rápido en uno de los cientos de bares que había por la zona.

Comió en silencio, casi sin saborear lo que comía. Sus pensamientos iban y venían estrepitosamente, como los pasajeros que suben y bajan del metro en hora punta. Casi no tenía tiempo de reparar en ellos. El anciano, el dandi del tren, la mujer del collar de perlas. A Sara le parecía todo muy extraño.

Después de comer, se encontraba realmente cansada.

Tenía la sensación de que se debía al encuentro con aquella extraña mujer, pero quizás tan solo era consecuencia del calor de mediodía en pleno mes de junio en Sevilla, o por lo mucho caminado aquella mañana. Fuese lo que fuese, decidió buscar alguna zona con sombra donde descansar un poco.

Entonces recabó en su propósito inicial, todavía no había ido al parque que le recomendó aquel extravagante viajero del tren. Lo buscó en el GPS de su móvil. Sara se alegró al ver que no estaba muy lejos de donde estaba.

Caminó despacio hasta el Parque de María Luisa, casi como si se arrastrara. Nada más llegar, se sentó en un banco de madera, cercano al Estanque de los Lotos. Encendió un cigarrillo de liar y dejó que sus pensamientos fluyeran entre la calma del sonido del agua y el suave murmullo de la brisa. Durante esos minutos, notó una extraña sensación de soledad, o tal vez solo era la ausencia de alguien con quien compartir la belleza de aquel lugar. El ansia de compañía se hacía palpable en su pecho.

De repente, una voz firme, pero cálida y juvenil, rompió el silencio:

—El estanque se llama así por las plantas que flotan en el agua —dijo una voz cercana.

Sara se giró sorprendida. A unos dos metros de ella la observaba un joven alto, le sacaba por lo menos una cabeza, delgado, pelo oscuro y mirada felina. A Sara le llamó poderosamente la atención el color de sus ojos, claros como el agua. Parecía tener un ojo verde y otro azul.

—Son preciosas… ¿Cómo se llaman? —preguntó Sara.

—Se llaman nenúfares. Son plantas acuáticas que crecen en estanques como este. ¡Como un jardín acuático! Pero estas son las más bellas que jamás verás. Son tan hermosas que no parecen reales. ¡Es como si el propio Monet las hubiera pintado directamente desde el cielo! —dijo el chico, en tono jocoso.

—¿Monet? ¿Es un pintor?

—Sí, claro. El padre del impresionismo francés. *Les Nymphéas* —pronunció el chico en un francés algo torpe—. Son los cuadros más hermosos que jamás haya visto. Una vez pude admirarlos en persona, en el museo de *L'Orangerie*, en París. Nunca olvidaré ese día. Lo curioso es que no fueron valorados en su tiempo. Solo tras su muerte aquellas pinturas recibieron el reconocimiento que merecían.

—¡Es esa historia! —exclamó Sara.

—¿Cómo dices?

—Sí. Esa historia… ya la había escuchado antes. Es una larga historia… un tipo que vestía como un dandi de siglos pasados me la contó. Creo que quería darme una lección o algo así —afirmó con una sonrisa burlona.

—¿Una lección? —respondió el chico, devolviéndole la sonrisa.

—Sí. Fue por una vieja cámara de fotos… Mejor te cuento la historia desde el principio. Pero antes dime una cosa, ¿cómo te llamas?

—Me llamo Carlos. ¿Y tú?

—Sara.

Sara le contó a Carlos aquella extraña historia que había acontecido en el país luso. La foto que le robó aquel anciano chiflado

en la vieja estación de São Bento; la historia del pintor casi ciego que le contó el extraño dandi del tren; el tiempo que pareció no haber existido; el reciente encuentro con la enigmática mujer del collar de perlas…

Hablaron durante horas sentados junto a aquel estanque, como si el tiempo se hubiera detenido en ese momento, hasta que el sol anaranjado se despidió de Sevilla aquella tranquila tarde de verano, regalándoles la mejor puesta de sol que jamás habían visto.

Durante el camino de regreso al albergue, Sara no podía dejar de pensar en aquel chico. Haberlo conocido habría sido ¿azar? o ¿destino? No sabía qué pensar. Sara siempre se había preguntado cómo sería su futuro, pero ahora no le interesaba saberlo. Realmente, ¿de qué le servía planear un futuro a su medida, si ella no controlaba todos los factores que influían en su vida? No poder controlar todos los factores ambientales en su vida era algo que la ponía nerviosa desde que era pequeña. Sin embargo, ese día, por primera vez, le dio igual. Se había dejado llevar. Y le había gustado. Pensó que, ocurriera lo que ocurriera, merecería la pena.

Al llegar a su habitación, se preparó un sencillo bocadillo de queso, que se comió sentada en la cama, mientras pensaba en aquel chico. Nada más terminar, le entró sueño. El día había sido largo. Se notaba agotada.

Se tumbó en la cama mientras pensaba lo poco que le importaba ahora mismo su futuro. Simplemente, le agradaba la idea de levantarse cada mañana y pensar que algo desconocido o apasionante le podría estar esperando ahí fuera. Esbozó una leve sonrisa y se quedó dormida abrazando ese último pensamiento.

Aquella noche, los pensamientos de Sara no iban mal encaminados. Su vida estaba a punto de cambiar para siempre.

El invierno

Sara ya estaba despierta cuando sonó el despertador. Lo apagó y se levantó rápidamente de la cama. Apenas había conseguido conciliar el sueño en toda la noche. Normalmente dormía de un tirón —era algo que le gustaba de sí misma—: tumbarse en la cama y, a los pocos segundos, quedarse profundamente dormida hasta el día siguiente. Pero aquella noche fue distinta. No sabía por qué, pero no consiguió dormirse hasta bien entrada la madrugada. Se sentía inquieta, como si algo retumbara en su interior, un eco lejano que intentaba decirle algo que no lograba comprender.

Nada más levantarse, lo primero que hizo fue correr la cortina que cubría la única ventana de su habitación. Le gustaba observar los tejados de las casas vecinas, más bajas que la suya; la ropa tendida al aire y las flores que crecían salvajes entre las grietas del suelo, como si buscaran una vía de escape. La ventana daba a un patio interior, ajeno al ruido de la calle, por donde no pasaban ni coches ni personas. Era como un pequeño jardín de silencio. Su edén particular. A Sara le encantaban aquellas vistas. Observar a los gatos que merodeaban libres por los tejados y escuchar las dulces melodías que los pájaros, cada mañana, parecían cantarle al sol del amanecer.

Sin embargo, aquella mañana el cielo despertó cubierto por una espesa capa de niebla que parecía aferrarse a la tierra, como si no quisiera soltarse, impidiéndole contemplar aquel paisaje que tanto le gustaba. Los brotes verdes amanecieron cubiertos por una fina película de hielo —o rocío, como lo llamaban en Sevilla—. Todo estaba insólitamente oscuro y frío. Le resultó extraño,

porque ya había pasado más de una hora desde que había amanecido y, sin embargo, el día seguía envuelto en una penumbra espesa, como si la noche se negara a marcharse. Sara no recordaba un día de invierno tan gris en Sevilla como el de aquella gélida mañana de enero.

De repente sonó el timbre de la casa. Sara pensó que se había adelantado. Aún quedaban treinta minutos para las diez. Hora a la que habían quedado.

Abrió la puerta y, efectivamente, era él: Carlos.

Habían pasado apenas seis meses desde que se encontraron por primera vez, pero para ella era como si se conocieran desde siempre.

Después de su encuentro en el parque de María Luisa, Sara no podía sacárselo de la cabeza. Aquella conversación inesperada, aquella coincidencia tan fortuita… ¿Y si aquel extraño viajero del tren fuera una especie de cupido?, pensó, sonriendo divertida para sí misma. ¿Sería Carlos el tesoro al que se refería aquel extravagante hombre?

Al día siguiente de conocerse, volvieron a quedar al caer la noche. Pasearon por la orilla del río, dejándose embaucar por el murmullo del agua y la brisa templada de la noche sevillana en verano.

Se sentaron sobre una zona de césped, desde donde se divisaba la Torre del Oro, bañada por una cálida luz dorada. Carlos había llevado unos bocadillos de jamón y una pequeña nevera portátil con latas de cerveza rodeadas de hielo, para que estuvieran bien frías. Hablaron de todo, sin mostrar reparos, sin adornos. Se sentía muy cómoda con Carlos, sentía que podía ser ella misma, sin necesidad de protegerse de aquellas partes de su vida que más dolor le producían. Carlos le trasmitía la calidez de un hogar.

Rieron, compartieron silencios cómodos hasta bien entrada la madrugada. Para Sara, no podía haber plan mejor que ese. Pensó en toda la gente que pagaba fortunas por cenar en lujosas terrazas sin alcanzar la felicidad, mientras que ella, con aquel plan sencillo y sin pretensiones, sentía que lo tenía todo en aquel momento.

Aquella noche se convirtió entonces en una costumbre, casi un ritual, y todos los días al caer el sol quedaban para disfrutar juntos de la noche sevillana.

Carlos tenía veinte años, dos menos que ella, pero eso nunca fue un problema para Sara. Carlos era un chico maduro, inteligente, divertido y creativo. Además, tenía algo que le conmovía profundamente: un fuerte sentido de lo familiar. Quizá por eso le gustaba tanto. Quizá porque ella, en el fondo, nunca había tenido una familia de verdad.

Carlos vivía con sus padres en un barrio obrero de Sevilla, aunque su familia era originaria de Jaén. Diez años atrás, se habían mudado a la capital andaluza cuando su padre consiguió trabajo como comercial en una importante empresa agrícola. Su madre era ama de casa, pero su verdadera pasión era la pintura. Vendía algunos de sus cuadros a conocidos y amigos, aunque no vivía de ello. Carlos tenía, además, un hermano pequeño: Lucas. No solía hablar mucho de él, pero en sus ojos verdes, Sara adivinaba una devoción única hacia su hermano, casi infantil; una ternura que lo decía todo sin necesidad de palabras.

Sara no solía hablar de su vida personal con nadie. Siempre había sido una persona muy reservada. Hasta antes de conocer a Carlos, nunca se había sentido lo suficientemente cómoda con nadie para abrir esa puerta. Pero con él era diferente. Carlos era como un alma gemela, de esas que el destino te concede una sola vez en la vida, y a veces ni siquiera eso.

Una noche, cuando el verano comenzaba a apagarse, Sara y Carlos apuraban una de las últimas noches en las que se podía estar a gusto al aire libre. Sentados en el césped, cerca de la Torre del Oro, en uno de sus lugares favoritos, dejaban que el tiempo pasara sin prisa.

Aquella noche, por primera vez, Sara se permitió abrir una herida que llevaba años sangrando en silencio. Y Carlos la escuchó con la empatía serena y la dulzura inconfundible que lo hacían único.